

Mario Ferrero

Las canciones de barro

I

DIBUJO



la sombra de tus higueras maduras, miro a los cerdos hozar la tierra perfumada. Está el cielo caliente y retozón. Tu voz va entre las hojas de la tarde, repartiendo el maíz, el agua y la alegría. Un sonido de hierba te ha teñido de verde la garganta.

—¿Luzmira, dónde metiste el balde?—grita tu madre desde el corredor. Y tú haces un gesto como para espantar el verano que se clava en tus pechos, buscándote la miel. Aletean al fondo las gallinas y te brilla en los ojos la lenta polvareda del maíz.

Yo estoy en mi escondite mirándote la luz, la roja luz de enero que te sube cantando por el pie.

II

CARMELO EL TEJEDOR

He ido esta tarde al rancho de Carmelo, el tejedor de redes. ¡Qué gran hombre este Carmelo! Con su pata de palo, que tanto trabajo le cuesta arrastrar, se pasa los días preocupado de sus pequeños y grandes menesteres.

Que afilar el cuchillo en la piedra, que preparar las placas de corcho o encerar la lienza o remendar las redes. O cortar las jibias en grandes panes blancos.

Después el mate y, al anochecer, esas viejas historias marineras, junto a la tetera tiznada de hollín y a las flores de papel.

A veces, Carmelo va al pueblo a buscar cáñamo. Caña y cáñamo, como dicen los muchachos, porque al caer la tarde se le ve venir medio borracho, trajinando los cerros con su pata de palo.

III

LOS CALETEROS

Cuando el sol moribundo comienza a deshelicar el mar, lentamente mis pasos toman la huella que bor-

dea el rancherío de los caleteros. ¡Cómo me gusta el humo de sus chozas, que se ven a lo lejos como barcos que zarpan!

Barahona, Genaro, Sepúlveda, Chamizo. Todos los caleteros han vuelto ya del mar. Sobre los remos húmedos llora la espuma sucia y vuelan las gaviotas como manchas de cal.

Carmelo está en la puerta recibiendo los rostros, las palabras. Todo un mundo de antaño se le viene a los ojos, al escuchar los comentarios de la pesca. La ola que revuelca, la quilla que se quiebra, las redes que se van.

Y se queda muy triste. Entonces yo lo tomo del brazo y lo hago entrar. El me mira y sonríe, cohibido. Saca del armario su mantel amarillo, me ofrece un mate, y los dos nos quedamos esperando, sin atrevernos a hablar.

¡Oh, viejo amigo Carmelo! Un día llegará en que no tapes con la panera el parche del mantel, ni sacudas la silla de paja donde duerme tu perro lanudo.

Un día llegará en que no te humille tu pobreza y podamos estar frente a frente, envueltos por el humo de tu rancho, conversando esas viejas historias marineras.